



Carmen Perilli
El Almirez
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Corregidor
2024
128 páginas

PALABRAS CLAVE: MEMORIA – AUTOBIOGRAFÍA – HISTORIA DE FAMILIA
KEYWORDS: MEMORY – AUTOBIOGRAPHY – FAMILY HISTORY

Escenas de familia y escritura

Aymar de Llano¹

*En la escena de la infancia está el mundo.
En la escritura, también
El corazón del daño.*²
María Negroni

En esta publicación reciente, *El almirez* (2024), Carmen Perilli vuelve a incursionar en una de las múltiples posibilidades de la autobiografía, los relatos de familia. Ya en *Improlijas memorias* (2021) había abordado este registro testimoniando la desaparición de su pareja, ngel Mario Garmendia, en la ciudad de San Miguel de Tucumán, el día 21 agosto de 1977 en los años de la dictadura militar argentina. En esa oportunidad resen su libro en el que Carmen caratulaba el ritmo de sus vidas al compás del calendario de la dictadura, frase que da muestra de esa etapa durísima que debió afrontar. Esta nueva entrega destila una emocionalidad diferente, una suerte de nostalgia sosegada por el paso del tiempo, intérprete del cariño infinito

¹ Profesora emérita de la UNMdP. Fue titular de la cátedra Literatura y Cultura Latinoamericanas II y del Taller de Escritura Académica. Mail de contacto: dellano@mdp.edu.ar

² La cita de María Negroni aparece como una de las incrustaciones en el cuerpo de *El almirez* (62)

hacia sus antepasados. Se basa casi exclusivamente en la figura de su madre anciana en Aguilares, pueblo cercano a la capital de provincia de Tucumán. En *El almirez* florece un canto a los orígenes de gran parte de los nacidos en América del Sur con raíces europeas o del Asia occidental. Los migrantes arribaban a estas tierras con un objetivo principal: anclarse en el trabajo y la superación personal. Traían objetos como trofeos de su stirpe abandonada en las viejas tierras; el almirez de Ermirna, el aguamanil de Andalucía, las porcelanas, la copia de una pintura de Renoir, el espejo o la biblioteca llena de libros, funcionaban, entre otros tantos, como lo único tangible de sus más preciados recuerdos. Quizá esa biblioteca haya operado como un mandato familiar para que Perilli abrazara el estudio de la literatura; en estos momentos es profesora emérita de la Universidad Nacional de Tucumán con una destacada trayectoria académica que, en esta ocasión, soslayamos para hacer centro en la escritura de su vida.

Una particularidad del texto es que, además de la dimensión autobiográfica del discurso, aparecen 35 fragmentos incrustados pertenecientes a autores latinoamericanos como Margó Glantz, Gabriela Mistral o José Emilio Pacheco, entre los cuales algunos son argentinos como Juan Gelman, Julio Cortázar o Tamara Kamenzain, otros pocos europeos o norteamericanos como Louise Gluck, Louise Bourgeois o Antonio Machado. Estas voces extranjeras dialogan con su propia voz en tanto complementan, rematan, enriquecen las historias y emociones que se despliegan en el cuerpo del texto. La cita de la escritora chilena Nona Fernández armoniza con el ejercicio documental de Perilli: “Inventa un cuento que te sirva de memoria” (2024: 37). Precisamente, este registro escritural funciona como un trabajo de memoria personal y familiar que, además de narrar parte de su existencia como hija, da testimonio de lo colectivo familiar y su comarca, además de lo personal.

Entonces, este trozo de su autobiografía parte de la historia personal en torno a los últimos años de vida de su madre. Las visitas a la casa materna los fines de semana van ritualizando un circuito trasladado en escritura que se desenvuelve abriéndose por capas, las que, a su vez, descubren un núcleo: la instalación de una familia migrante a las tierras de la provincia de Tucumán en la República Argentina durante el siglo XX. En las expatriaciones de sus abuelos hacia América, uno de los objetos traídos de Esmirna, el almirez de cobre es el símbolo de un sinfín de relatos, que la escritora escuchó de niña, y fueron templando su vida. Los cuentos maternos, en la actual oralidad de su madre, denotan desesperación por ordenarlos y ordenarse mientras los gestos de la anciana, como su mente, se pierden en el afán de asir una vida que se le escurre de las manos; en este caso, la fragilidad de la progenitora de edad avanzada no reside solo en su físico ni en su falta de destreza motriz sino en su memoria que reaparece de a restos hilvanados con esfuerzo al responder las preguntas de sus hijas, ante la visualización del frente de una casa pueblerina, de una

planta, una flor o la inhalación de aromas vegetales que le acercan un pasado fantasmal, sin orden pero añorado con desvelo.

De tal manera que la historia personal se nutre de la comunitaria; así, la semblanza de la región se despliega con nombres de figuras prestigiosas como Thays, paisajista francés que diseñó diversos paseos urbanos en varias ciudades de nuestro país; en este caso, la villa Santa Ana, en la provincia de Tucumán, lugar de paseo con su anciana madre, exhibe la maestría del arquitecto europeo. Por otro lado, entre los escombros del ingenio azucarero del Ingeniero Clodomiro Hileret pululan los fantasmas de una industria promisoriosa en el pasado del noroeste argentino. Aparece otro relato del apogeo, entre el siglo XVIII y principios del XX, y luego la consecuente decadencia de Medinas, la ciudad más importante del sur tucumano a fines del siglo XIX. Todos esos escenarios completan los de la familia formada por sus padres, él empleado de Tribunales mientras ella daba clases en la Escuela Normal de Monteros. Asimismo, la figura enigmática de Salomón, el abuelo llegado de Esmirna o los relatos sobre sus abuelitas y tías, figuras tutelares para Carmen, reúnen infinitas derivaciones cristalizadas en tradiciones y costumbres de provincia.

También aparecen algunas escenas de escritura. La función de registrar a través de la escritura está también presente en el “Cuaderno de familia de Ángel Fernández García”, encontrado por una bisnieta, en el que se consignaron los datos de nacimientos, fallecimientos y otras anotaciones desde 1868 hasta 1908. La transcripción es otra forma de representar materialmente lo que el registro conlleva como conservación y memoria de la familia tanto como la nota de periódicos con opiniones vertidas por su padre o la descripción exhaustiva de innumerables fotos familiares que contribuyen a recordar el pasado familiar. Finalmente, *El almirez* termina con otra transcripción, la de una entrevista que le realizaron a Don Miguel Perilli, padre de la autora, el 22 de agosto de 1943, publicada en *Eco Periódico Quincenal*, un medio gráfico local.

El mundo onírico, presente a través del relato de los sueños de la autora, insiste en su condición de escritora; se reúnen en ese nivel todos los tiempos y seres que serán personajes en su escritura, posee las historias de todos y siente la obligación de llevarlas al papel. Así, el sueño recrea en espejo lo que ocurre en *El almirez*. De modo que la reconstrucción se ejecuta desde la escucha recibida a gajos que, a su vez, la escritura redistribuye fragmentariamente sin consecución cronológica remedando el orden de esa oralidad materna. Un breve fragmento de Myriam Moscona, citado por Perilli, aparece como una imagen vívida en clave de lectura de *El almirez*: “Es la memoria: el eslabón abierto de una larga cadena. Esa abertura que me une y me separa es la que me ha traído hasta aquí” (2024: 12). Los relatos están vinculados en una serie con alteraciones que responden a la fragilidad memorística de la anciana, lo que significa una puesta en escritura de los problemas

de memoria, del recordar, de la recuperación implicada en ello y, como si fuera poco, de la importancia de la escritura, de cómo registra, cómo ordena o cómo enlaza en una urdimbre satisfactoria para la lectura. La práctica de la lectura aparece destacada entre los personajes desde un abuelo que sólo enseñó a leer a los varones, la niña, que aprendió a leer sola, la lectura de *Don Quijote de la Mancha*, su abuelo paterno quien “era consciente de la importancia de los libros” (2024: 43) a pesar de no haber accedido a la educación formal o “los hombres que hablaban entre ellos y leían las Escrituras” (2024: 60). Además, Perilli define la memoria de su madre como una vasta biblioteca (2024: 30), así enlaza dos actividades distintivas del ser humano, lectura y escritura, con la memoria. La historia familiar y la memoria, maceradas en el *almirez* brillante y pulido en la escritura autobiográfica, ofrecen una sensible composición para ser leída.